

La luz de Paco el sabio

“ El mínimo y dulce Francisco... Amighetti se nos ha muerto. Ya para él no existe más la luz. Su luz nos la dejó a nosotros, los que estamos y los que vendrán.



GUIDO SAENZ

Luz rutilante la luz de sus poemas. Luz nostálgica la que nos acompaña en sus libros “Francisco y los caminos” y “Francisco en Costa Rica”. Esa luz que él buscaba... “la luz de Goethe, del campesino y del artista,

de las montañas y los ríos”. Esa luz que ahora nos pertenece: la luz poderosa y perturbadora de sus grabados; la tenue de sus dibujos; la intensa de sus óleos, y la dramáticamente festiva de sus acuarelas.

Amighetti, en la plástica, está inscrito en la hoy llamada generación nacionalista. En su tiempo de joven, se conocía y denominaba “el grupo de la nueva sensibilidad”. Ese grupo estaba constituido por Teodorico Quirós (líder indiscutible del movimiento), Fausto Pacheco, Luisa González de Sáenz, Francisco Amighetti, Manuel de la Cruz González y Francisco Zúñiga. Realizaban exposiciones anuales (1928-1937) en el Teatro Nacional y es con ellos que se inicia, un arte con características costarricenses. Después y desde ahí, cada uno de ellos se orientará por el camino que le corresponde desempeñar en nuestra historia del arte. Paco Amighetti fue el que más vivió (91 años) y con toda certeza, el que más produjo de todos ellos. Curiosamente se le otorgó el premio Magón por la obra de una vida en 1970 cuando el Magón, sólo contemplaba las letras. Es precisamente en ese año 1970 que la ley se cambia y se amplía a las artes y la ciencia. Se lo deberían haber dado dos veces.

Lo llamaba “Paco El Sabio”. Amighetti era un hombre sabio.

▼ Amighetti mismo decía que la muerte es un adiós a la luz

Fui siempre su amigo y desde luego su discípulo pero también fui alumno-oyente suyo en la Universidad de Costa Rica, siendo ambos profesores en las áreas de cultura de Estudios Generales. Con sabiduría sin límites se remontaba hablando sobre el arte de todos los



tiempos. Era una inspirada visión e interpretación suyas de la creatividad del hombre. Su atisbo poético de los templos griegos, o el sombrero de las catedrales góticas con sus vidrieras flamígeras, o el de la atmósfera tridimensional de “Las Meninas” de Velázquez. Con él y por él descubrí que hay cuadros que se oyen y esculturas que palpitan. Por él supe mil cosas de los grandes como también de los pequeños misterios del arte y de lo que está oculto detrás de todas las cosas.

Después de los años de la universidad, pasaba a visitarlo, a verlo y a oírlo en su casa-estudio en La Paulina. Conversábamos con

un café --o varios-- frente a la ventana del segundo piso (su rincón predilecto) desde donde podíamos contemplar el caer de la tarde. Muchas veces evocamos, con añoranza, los tiempos del “Círculo de Amigos del Arte” de los años treinta, fenómeno suntuoso e irrepetible que conformó las artes y las letras en Costa Rica. Recuerdo ahora y desde el fondo de mi infancia, cómo contemplaba yo, con curiosidad creciente, a todas aquellas señoras y señores, amigos de mis padres, que frecuentaban mi casa y que decían cosas que se me antojaban prodigiosas y deslumbrantes.

Y ahí estaba Paco, enjuto siempre como una figura bizantina, con manos de Pantocrátor, pero móviles y expresivas. Su voz era suave y pausada pero, a pesar de ello, su dueño parecía estar movido por una inagotable pasión por el arte y por la vida. Y entonces comencé a oírlo, y a cultivarlo, y a seguirlo e incluso, a imitarlo. Y así casi hasta el final porque al final, se tornó triste y silencioso. Su palabra dorada había dejado de brillar.

Hace dos meses, el Museo de Arte Costarricense le entregó en su casa-estudio, la condecoración

Teodorico Quirós. Cuando entré, sonrió levemente y me dijo muy quedo: “esta mañana, cuando me leyeron *La*

Nación, me acordé de vos; ahí me dicen: Amighetti el sabio, y vos fuiste el que me bautizó así”. Y no dijo más. Ahora dejo que sus propias palabras cierren estas notas.

Probablemente morir es estar solo,
quedarse con los labios sellados,
mientras pasan aquellos, los que cantan,
los que besan y aman.

Dormir en una colina,
con los ojos abiertos y el corazón paralizado,
mientras estalla el sol con pétalos de llama.